



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

ESPÍRITU SANTO

O. INTRODUCCIÓN

A nuestro alrededor todo parece materia. El coche en el que montamos, el avión que vuela sobre nosotros, los ordenadores, etc. no son sino manifestación de las energías de la materia. Es la técnica, que nos tiene absortos, casi hechizados. ¿Y el espíritu dónde está? No se ve.

Muchos dicen: Jesucristo, todavía; el Padre, vaya que vaya, ¿pero el Espíritu? ¿qué es? ¿dónde está? ¿cómo se le representa? Parece como si el hombre y la mujer de hoy ni siquiera lo necesitara. El Espíritu sigue siendo el “gran desconocido”; incluso muchos de nuestros hermanos en la fe podrían repetir la contestación que dieron los efesios a S. Pablo: “Ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo”(Hch 19,2).

Hasta hace muy pocos años, el pueblo sencillo creía que el punto culminante del año litúrgico se alcanzaba el Viernes Santo. Hoy se va recuperando, poco a poco, la importancia de la Vigilia Pascual. Pero aún falta por descubrir Pentecostés. De nada nos habría servido la muerte y resurrección de Cristo si no llega a nosotros su fruto, el Espíritu Santo. Sin él “no hay nada”; él:

- *Ha inspirado la Escrituras.*
- *Asiste al Magisterio.*
- *Nos pone en comunión con Cristo en la liturgia sacramental.*
- *Intercede por nosotros en la oración.*
- *Edifica la Iglesia con los carismas y ministerios.*
- *Hace los sacramentos.*
- *Alienta la vida apostólica y misionera.*

- *Manifiesta su santidad y continúa la obra de la salvación en el testimonio de los santos (Cf. CIC 688).*

Por eso al inicio de nuestra reflexión sobre la IGLESIA vamos a profundizar en su ser y su actuar.

1. EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

A) Antiguo Testamento

El Espíritu Santo fue un descubrimiento, que el pueblo del Antiguo Testamento, hizo de forma muy fragmentaria. No se ha revelado todavía como persona, sino como una fuerza divina que transforma personalidades humanas (figuras aisladas: jueces, reyes, profetas, sacerdotes) para hacerlas capaces de gestos excepcionales. Estos gestos van siempre destinados a confirmar al pueblo en su vocación, a hacerlo servidor y asociado del Dios Santo. El Espíritu, viniendo de Dios y orientando hacia Dios, es un Espíritu “Santo”. Venido del Dios de Israel y consagrando a Israel al Dios de la alianza, el Espíritu es “santificador”.

Tras la muerte del último profeta, se hizo opinión común entre los rabinos que incluso esa presencia limitada había desaparecido. Se esperaba, no obstante, que en los tiempos mesiánicos se derramaría el Espíritu sobre todo el pueblo, haciendo de él un pueblo de profetas (Jl 3,1-2; cf. Ez 36,26; 37,5).

B) Nuevo Testamento

a) CRISTO, SEÑOR DEL ESPÍRITU

Después de siglos de ausencia, volvemos a encontrar al Espíritu Santo descendiendo sobre Jesús en el día de su bautismo (Mt 3,16 y paralelos: más que una escena de vocación es la investidura del Mesías y la presentación del Hijo por parte del Padre), pero no para encomendarle una misión concreta y mientras dura ésta, como sucedía en los antiguos profetas, sino “de manera estable”. Podemos decir que Jesús no siente al Espíritu como una fuerza que le invada de fuera; el Espíritu se halla en su casa; el Espíritu le

pertenece, es su propio Espíritu. Por eso Jesús dispone del Espíritu y una vez muerto y resucitado lo dona a su Iglesia.

b) PENTECOSTÉS, LA IGLESIA RECIBE EL ESPÍRITU

Jesús, aunque lleno del Espíritu y no obrando sino por él, apenas si lo menciona. Mientras vive entre nosotros no puede mostrarlo como distinto a él. Para que el Espíritu sea derramado y reconocido, es preciso que Jesús se vaya (Jn 7,39; 16,7). Pentecostés es el cumplimiento de la promesa de Jesús: “Cuando yo me vaya, os lo enviaré” (Jn 16,7); es el bautismo anunciado por él: “Seréis bautizados en el Espíritu Santo” (Hch 1,5) y el cumplimiento de la promesa del agua viva (Jn 7,37-38).

La llegada del Segundo Enviado (Pentecostés) no tiene menos importancia que la llegada del Primero (Encarnación). Alguien ha definido la experiencia de Pentecostés como “la democratización de la encarnación”. “Por la participación del Espíritu todos nos religamos a la divinidad” (S. Atanasio); aunque esto acontece de forma distinta:

- *Nosotros somos hijos adoptivos (hemos recibido el Espíritu de adopción) (Rm 8,14-15); Gal 4,5-6).*
- *Jesús es Hijo engendrado.*

Nuestro asombro debería ser como el de S. Juan cuando afirma: “Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (Jn 3,1-2). Pentecostés nos ha dado las “arras-primicias” del Espíritu. La plenitud está todavía por venir (Rm 8,23; 2 Cor 1,22). Como dice S. Ireneo: ahora hemos recibido una parte del Espíritu Santo para habituarnos poco a poco a llevar a Dios”.

c) LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU EN LA IGLESIA

Tanto a nivel de los fieles como a nivel institucional, la Iglesia ha tenido siempre conciencia viva de que el Espíritu está con ella. Es una presencia cálida, activa y vivificante, de la que no puede prescindir. Esta presencia del Espíritu tanto en los fieles, individualmente, como en el conjunto del Pueblo de Dios, justifica el título de “Templo del Espíritu” que el Concilio Vaticano II aplica a la Iglesia (LG 6).

Como “Espíritu vivificante” su presencia en la Iglesia es semejante a la del alma humana con relación al cuerpo humano. El Espíritu da vida y mueve a la Iglesia, rejuveneciéndola incesantemente.

Como “Espíritu de verdad” asiste especialmente a la Jerarquía para que conozca cada vez mejor lo que Cristo enseñó y lo de a conocer de manera apropiada a los hombres y mujeres de todos los tiempos (“Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros...” Hch 13,28).

Como “Espíritu Paráclito-Consolador”, sostiene a los fieles en medio de las tribulaciones de este mundo y les da fortaleza para confesar sin temor el nombre de Cristo.

d) EL ESPÍRITU FUERA DE LA IGLESIA

Es evidente que el Espíritu Santo es “Alguien” de la Iglesia y toda su razón de ser está en función de la obra salvífica de que es depositaria la Iglesia. Sin embargo, el hecho mismo de que la salud esté destinada a toda la humanidad nos descubre que la acción del Espíritu Santo no puede estar ausente en aquellos que se dirigen, aún sin saberlo, hacia la luz (“el Espíritu sopla donde quiere” Jn 3,8).

El Espíritu actúa en el corazón de todo hombre y mujer de buena voluntad; de él proceden todos los deseos, todos los afanes del ser humano por conseguir el bien, porque sea respetada la dignidad humana, porque se practique la justicia y se consiga la fraternidad entre todos. Todo lo bueno que hay en el mundo procede del Espíritu Santo de Dios, que habita en la Iglesia como en su morada natural y predilecta.

Podemos resumir este apartado con estas palabras de S. Gregorio Nacianceno: “El Antiguo Testamento proclamaba muy claramente al Padre, y más oscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento revela al Hijo y hace entrever la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu tiene derecho de ciudadanía entre nosotros y nos da una visión más clara de sí mismo. En efecto, no era prudente, cuando todavía no se confesaba la divinidad del Padre, proclamar abiertamente la del Hijo y, cuando la divinidad del Hijo no era aún admitida, añadir el Espíritu Santo como un fardo suplementario si empleamos una expresión un poco atrevida... Así por avances y progresos

“de gloria en gloria”, es como la luz de la Trinidad estalla en resplandores cada vez más espléndidos” (CIC 685).

2. NUESTRA FE

En el símbolo de la fe niceno-constantinopolitano confesamos: “creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo y que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”.

En cuanto al origen del Espíritu Santo, existe una diferencia entre la Iglesia ortodoxa, por un lado, y las Iglesias católica y protestantes, por otro. El esquema figurativo de la Iglesia ortodoxa es la línea recta. El Padre engendra al Hijo y, a través del Hijo, al Espíritu Santo:

Padre Hijo Espíritu Santo

En cambio, el esquema figurativo de las demás iglesias cristianas es el triángulo. El Padre engendra al Hijo, y de ambos procede el Espíritu Santo.

Padre
Hijo *Espíritu Santo*

Con este esquema triangular subrayamos que el Espíritu Santo es el fruto del amor existente entre el Padre y el Hijo.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice: “Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, El Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4,6) es realmente Dios... inseparable del Padre y del Hijo, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo... Cuando el Padre envía a su Verbo, envía también a su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela” (689).

En la Biblia nunca se describe al Espíritu Santo como un sujeto que obra por sí mismo, al margen de los hombres, sino que, en la medida en que consolamos a alguien, descubrimos

dentro de nosotros al Consolador; en la medida en que ayudamos a otro, dejamos actuar al Asistente; en la medida en que defendemos a alguien, experimentamos al Abogado (Jn 14,16; 14,26; 15,26; 16,7).

Precisamente por actuar desde dentro, su acción puede confundirse con los dinamismos psicológicos ordinarios: “El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu” (Rm 8,16). Así ocurre que, mientras el no creyente atribuirá todo lo que hace a su propia capacidad, el cristiano, reflexionando a posteriori sobre su vida, hará el mismo descubrimiento que Santa Teresa: “estaba yo toda engolfada en él”. El día en que tomemos conciencia de estar habitados por Dios, será como si naciéramos de nuevo; entonces no podremos menos de exclamar: “¡Qué más da; Todo es ya gracia” (Bernanos, G.).

3. NOMBRES, APELATIVOS Y SÍMBOLOS DEL ESPÍRITU SANTO

Recojo las ideas principales de los números 691 al 701 del CIC.

- *El nombre*

La Iglesia ha recibido el nombre propio, del que adoramos con el Padre y el Hijo, el “Espíritu Santo”, del mismo Señor. El término “Espíritu” traduce el término hebreo “ruah”, que en su primera acepción significa soplo, aire, viento. Aunque Espíritu y Santo son atributos que le corresponden también al Padre y al Hijo, sin embargo unidos ambos términos, en la Escritura, la liturgia y la teología, designan a la persona del Espíritu Santo.

- *Apelativos*

Jesús lo llama con el nombre de “Paráclito”, literalmente = “aquel que es llamado junto a uno”, “advocatus” (Jn 14,26; 15,26; 16,7). El término se traduce habitualmente por “Consolador”, siendo Jesús el primer consolador (cf. 1 Jn 2,1). Jesús también lo llama “Espíritu de Verdad” (Jn 16,13).

S. Pablo lo llamo con estos apelativos: el “Espíritu de la promesa” (Ga 3,14; Ef 1,13), el “Espíritu de adopción” (Rm 8,15; Ga 4,6), el “Espíritu de Cristo” (Rm 8,11), el “Espíritu del Señor” (“ Cor 3,17), el “Espíritu de Dios” (Rm 8,9.14;

15,9; 1 Cor 6,11; 7,40). Y S. Pedro lo llama el “Espíritu de gloria” (1 P 4,14).

- **Símbolos**

Agua. Es significativo de su acción en el Bautismo. Después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento. “Bautizados en un solo Espíritu”, también “hemos bebido de un solo Espíritu” (1 Cor 12,13): agua que brota de Cristo crucificado.

Unción. Este símbolo se ha convertido en el sinónimo del Espíritu (cf. 1 Jn 2,20.27). Cristo es el “Ungido” de Dios de una manera única; su humanidad está totalmente ungida por el Espíritu; ahora, a través de su humanidad victoriosa, se distribuye el Espíritu, hasta que los “santos” constituyan “el Cristo total”.

Fuego. Símbolo de la energía transformadora con la que actúa el Espíritu (Lc 12,49).

Nube y luz. Símbolos, por los que a través de un “velo”, se revela la trascendencia del Dios vivo y salvador.

Sello. Cercano al de la unción. Indica el carácter indeleble de la unción en los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Orden.

Mano. La imposición de las manos como signo de sanación, bendición. La Iglesia ha conservado este signo en sus epiclesis sacramentales.

Dedo. Con el que se expulsan los demonios; con el que se escribe en las tablas del corazón la nueva ley de Dios.

Paloma. Símbolo del descenso y reposo en el corazón purificado del bautizado.

4. DONES Y CARISMAS

“Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu...” (1 Cor 12,4-s).

Cada uno tiene su gracia y su don particular. Esto que es evidente en el orden de los dones naturales, sucede también en cuanto a los dones espirituales.

Ya en el Antiguo Testamento, Isaías enumeró diversos dones del Espíritu Santo que habrían de adornar al futuro Mesías (Is 11,2). Después la tradición cristiana ha venido reduciendo a siete estos dones del Espíritu, fundada sin duda en el valor simbólico de este número. Así el obispo, cuando administra la Confirmación, pide que descienda sobre los confirmados el Espíritu con sus siete dones: “Dios todopoderoso y eterno, que te dignaste regenerar por el agua y el Espíritu Santo a estos siervos tuyos y los libraste del pecado: escucha nuestra oración y envía sobre ellos el Espíritu Santo Paráclito; llénalos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad; y cólmalos del espíritu de tu santo temor”.

Subrayando lo específico de cada uno de estos dones, podemos decir:

- *Sabiduría (Ef 3,16-17): infunde en el creyente un conocimiento más íntimo y “sabroso” de Dios y de sus misterios; se trata de un conocimiento experiencial, de una intuición amorosa. No se basa en el estudio, sino que se funda en el amor (análogo al que tiene una madre-padre respecto a sus hijos). Enriquece inmensamente la vida de oración; enseña a ver la vida desde Dios y en Dios.*
- *Inteligencia (1 Cor 2,9-12): o de “verdad” (Jn 16,13; 14,26). Enseña, guía, recuerda el sentido profundo del Evangelio, de la Revelación y de sus misterios. La fe nos da un conocimiento más bien externo y oscuro de los misterios; ayudados por el don de inteligencia quedan iluminados como desde dentro de modo que se los percibe de una manera desconocida antes.*
- *Consejo (Mt 10,19-20): Ayuda al creyente a aplicar lo comprendido de los misterios de Dios a las circunstancias concretas de la vida (recuerda, sugiere e inspira como actuar, hablar o comportarse), para vivir según la voluntad de Dios. Guía por los caminos de Dios y hace intuir la sabiduría divina oculta en los acontecimiento.*

- *Fortaleza (Hch 1,8): da al creyente la capacidad de superar el modo humano de obrar, superando las limitaciones y debilidades. Hacia fuera: sostiene frente a amenazas, persecuciones, desprecios, frente a los sufrimientos, convirtiéndose en testigos, mártires y mensajeros. Hacia adentro: ayuda a crecer y desarrollar plasmando en el creyente la imagen de Cristo.*

- *Ciencia (1 Cor 2,2): transforma la mentalidad, aún terrena, del creyente ayudándole a desasirse del “hechizo” de las cosas, valorarlas en lo que son e impedirle detenerse en ellas. Las ama como obras de Dios, las recibe como don gratuito, y las usa en pobreza y libertad. El don de ciencia llevó a Santa Teresa a la convicción de que “sólo Dios basta”.*

- *Piedad (Ef 2,19): hace de las relaciones del creyente con Dios relaciones de hijos. Se pone de manifiesto especialmente en la oración. En ella el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, alterna en nosotros sentimientos de confianza, adoración, amistad, reconocimiento, atestigua que somos hijos de Dios.*

- *Santo temor (Mt 6,13): produce en el creyente delicadeza de conciencia, y va unido al deseo y al amor. Supone respeto humilde y adoración reverente. Supone temor a desagradar, a contristar. En medio de la tentación y de la prueba hace al creyente humilde, consciente de su debilidad y necesitado de ayuda.*

En alguna medida estos dones se dan a todos los bautizados que reciben la Confirmación y pueden llamarse dones comunes. Por el hecho de que estos mismos dones se den en grados diversos y la existencia, además, de otras gracias y dones “especiales”, hacen que se pueda hablar de la variedad de dones del Espíritu Santo. Estos dones y gracias especiales son los llamados carismas; hacen aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que son útiles para la renovación y edificación de la Iglesia, bien de los hombres y las necesidades del mundo.

A través de esta multiforme variedad de dones y de su ordenado ejercicio resplandece el rostro de la Iglesia, lleno

de vitalidad. Cada uno debe poner su grano de arena en la edificación del Pueblo de Dios generosa y humildemente.

5. ESPÍRITU SANTIFICADOR

El Espíritu Santo es “el Espíritu de santidad” (Rm 1,4), enviado por Cristo para santificar a sus discípulos y a su Iglesia. Sobre este concepto insiste el Vaticano II cuando dice que la santidad de la Iglesia “se manifiesta...en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles (LG 39). Y expresa el deseo de que los creyentes vivan “como convine a los santos”, se revistan de sus virtudes y “produzcan los frutos del Espíritu para la santificación” (LG 40).

S. Pablo, en la carta a los gálatas, habla de los “frutos del Espíritu” en oposición a los “frutos de la carne”. “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (Gal 5,22).

Aunque por el bautismo el creyente puede producir frutos de santidad, no puede llevarlos a plena maduración sin la acción especial del Espíritu Santo; algo así como la planta que, aunque tiene una fecundidad intrínseca, no puede producir frutos y llevarlos a maduración plena sin la lluvia y el sol.

“Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu” (Gal 5,25). Nuestra experiencia de fragilidad nos pone de manifiesto el renacer una y otra vez del “hombre terreno”; realidad humillante, pero que no debe hundirnos en el abatimiento y la cobardía. Cuando sintamos renacer los deseos del hombre viejo hemos de recordar que no estamos solos para combatir, el Espíritu está con nosotros para sostenernos. Sin embargo la experiencia de la miseria y fragilidad nos harán más humildes y nos moverá a invocar con más fuerza al Espíritu, persuadidos de que “todo lo podemos en aquel que nos conforta”.

Por eso la Iglesia en su liturgia enseña a invocar de continuo al Espíritu Santo: “Ven, Espíritu Santo..., descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos..., mira el vacío del hombre si tu le faltas por dentro, mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento” (Secuencia de Pentecostés).

6. EL ESPÍRITU SANTO Y LA ORACIÓN

La oración profunda es una relación íntima (amorosa) con Dios. Ningún método, libro espiritual, ritual litúrgico, etc. será capaz de regular esta relación de amistad. Pero hay un Maestro interior a alcance de todo creyente; es el Espíritu Santo: “El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; más el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8,26).

Esto debe ser un estímulo consolador para los que tienen el sentimiento de la propia impotencia e incapacidad para orar. El Espíritu va configurando en ello sentimientos de plena confianza, de profunda adoración, de amistad amorosa. “Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre! (Gal 4,6); y el mismo Espíritu repite: “alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos” (Ap 7,12).

Aún cuando el espíritu esté árido, el corazón frío y la mente oscurecida, el Espíritu Santo ora en nosotros, de modo que nosotros podemos siempre ofrecer a Dios esa plegaria del Espíritu. Esta es la oración más verdadera, y más preciosa, oración que será ciertamente escuchada, porque el Espíritu no puede inspirar sentimientos y deseos contrarios al querer del Padre, sino que “su intercesión a favor de los santos es según Dios” (Rm 2,27).

Bibliografía consultada:

- *Catecismo de la Iglesia Católica.*
- *Ritual de los Sacramentos, (Textos litúrgicos oficiales). Ed. BAC*
- *Leon-Dufour, X., Vocabulario de teología bíblica. Ed. Herder.*
- *Castillo, J.M., Teología para comunidades. Ed. Paulinas.*
- *González-Carvajal, L, Esta es nuestra fe, Teología para universitarios. Ed Sal Terrae.*
- *Louf, A., El Espíritu ora en nosotros. Ed Narcea.*

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- *Lectura y reflexión personal de los apuntes dados.*
- *Lectura de Rm 8,14-17; 26-27; 1 Cor 14,1-12.
Reflexión:*
 - *¿Cuándo y cómo he experimentado la presencia o la fuerza del Espíritu Santo en mi vida?*
 - *Cuando debes tomar decisiones importantes. Cuando vas a hacer oración. Cuando tienes dudas de fe, y crees no creer en nada ni en nadie. Cuando no entiendes, temes o vacilas ¿qué dones del Espíritu te resultan más fácilmente experimentables?*
 - *¿Qué gracia especial (carisma) del Espíritu experimentas en tu vida?*
 - *Poner en común en los grupos lo que nos ha enriquecido el tema*